

Tío Sean

Ronald L. Donaghe



Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Primera Parte. LA LIBRETA DEL GRAN JEFE](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Segunda Parte. LA CARTA](#)

[Tercera Parte. LA LIBRETA DE ESPIRAL](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Créditos](#)

Quiero dedicar este libro con todo mi afecto a todos los jóvenes gays que han vivido aislados en el tiempo y en el espacio, y que se han visto obligados a descubrir por sí mismos los dulces y dolorosos sentimientos de atracción por miembros del mismo sexo. No temáis. Otros han pasado por lo mismo antes que vosotros y otros lo harán después.

Primera Parte

LA LIBRETA DEL GRAN JEFE

Resulta un tanto sorprendente la forma en que cierto material (entre el que se incluye una libreta del Gran Jefe, una carta, placas de identificación de los años del conflicto de Vietnam y una libreta de espiral) llegó a mis manos. Sin embargo, de no haber sido por el calor infernal que hacía mientras estaba echando abajo el viejo granero, quizá nunca hubiera detenido la demolición el tiempo suficiente para fijarme en la caja que cayó de las vigas del edificio a un montón de deshechos que estaba a punto de llevarme de allí. Lo cierto, no obstante, es que parábamos a menudo a descansar y a beber cerveza para reponer nuestros fluidos corporales y que fue durante uno de esos descansos cuando la caja llegó a mis manos.

Estaba echando abajo el viejo granero situado a treinta kilómetros al sur de Hachita, Nuevo México, justo al oeste de las montañas Big Hatchet, donde una vieja granja había caído en el olvido. Un ranchero de una propiedad cercana, de apellido Hill, me había encargado la demolición del edificio. Aunque no iba a cobrar nada por el trabajo, sabía por experiencia lo valiosa que era la madera vieja de principios de siglo. Quedaba muy poco en pie de las demás construcciones que conformaban la granja, pero daba la sensación de que la propia granja hubiera estado guardando aquel pequeño tesoro de documentos y que hubiera decidido entregarlos a regañadientes..., justo en el momento en que corrían el peligro de perderse para siempre.

Ya había levantado la uralita del techo y las vigas de uno por ocho que soportaban el tejado, y las había dejado a un lado para conservarlas, ya que estaban en muy buen estado. Gracias al clima seco que caracteriza el sudoeste de Nuevo México, a menudo el rescate de material de viejos edificios se convierte en una tarea agradecida. En cualquier caso, las mismas fuerzas del clima seco y del potente sol

que pueden preservar el material pueden también destruirlo. Había arrancado ya gran parte de los muros laterales, que no presentaban un buen aspecto. Estaban compuestos de una especie de placas de fibra que se habían ido deformando bajo el efecto del implacable sol, deshaciéndose en pedazos bajo el peso de las palancas, los martillos y otros implementos que suelo utilizar en este tipo de trabajos.

Pues bien, fue entonces, allí de pie, envuelto en las sombras listadas proyectadas por las vigas que aún quedaban en el granero, que era ya poco más que un simple esqueleto de sí mismo, cuando la caja cayó desde unos quince metros al montón de deshechos que había en el centro del suelo. Estaba sellada con una cinta adhesiva casi deshecha y se abrió de golpe por el impacto. A pesar de que en su interior se apreciaba el daño causado por ratones e insectos, no di crédito cuando, al arrodillarme ante el contenido ahora repartido a su alrededor, vi el buen estado en que se hallaba la libreta del Gran Jefe. Decidí cogerla, antes que nada porque hacía al menos treinta años que no veía una. Al hojearla, vi que estaba completamente llena de lo que parecía la letra de un chiquillo (cosa que deduje básicamente fijándome en la formación de las letras), con muy poco espacio para los márgenes y con una diminuta caligrafía que costaba leer, sobre todo teniendo en cuenta que la tinta se había ido esparciendo entre las fibras de aquel papel de bajísima calidad.

Enseguida me di cuenta de que se trataba de algún tipo de diario personal y, como soy escritor, traté aquella libreta y los otros dos documentos con sumo cuidado. En cuanto leí unas páginas de la libreta, me di cuenta de su valor. La carta era obra de una mano obviamente más madura, y no de la del joven escritor. El contenido de la libreta de espiral parecía obra de la misma mano que había escrito las páginas de la libreta del Gran Jefe, aunque se apreciaba en ella una clara mejoría en cuanto al dominio de la expresión y también del control de la cursiva. El objeto más curioso de

todos los que contenía la caja eran, por supuesto, las placas de identificación con el nombre de Sean Martin. Tendrían que ser los documentos escritos los que revelaran la identidad del tal Martin y los que explicaran cómo habían llegado sus placas de identificación a formar parte de la colección de documentos que la caja contenía.

Tan entusiasmado estaba con mi descubrimiento que me tomé la tarde libre, envié a mi equipo de trabajadores a casa y me senté en el restaurante Kranberries, en la vecina Lordsburg, Nuevo México, durante gran parte de la tarde y hasta la hora de la cena, tiempo que dediqué a leer los manuscritos de principio a fin. En conjunto, la libreta, la carta y la libreta de espiral conformaban una historia increíble. Pero dejaré que sean los propios documentos los que hablen por sí mismos. Aunque me he tomado algunas libertades con el material (insertando signos de puntuación que considero esclarecedores, recomponiendo porciones ilegibles o emborronadas de la escritura guiándome por el contexto del material circundante y sustituyendo frases y párrafos por otros más adecuados), no he interferido en la «voz» de ninguno de los materiales. También he dividido las páginas en «capítulos» para situar al lector a partir de períodos de tiempo aproximados, aunque soy consciente de que cualquier otra persona que hubiera decidido editar este material podría haber elegido dividirlo de forma distinta.

Uno

Tío Sean es muy hermoso. Aunque hay en él algo raro. Tengo que escribir sobre eso. Siento una extraña sensación en el pecho y no creo que él sepa que he estado mirándolo, al menos no parece darse cuenta. Sólo tengo catorce años, pero mamá dice que estoy muy crecido para mi edad.

Ya sé que no escribo muy bien. Papá no cree mucho en que se aprenda algo con los libros, así que he cogido el viejo Webster's de la estantería para poder consultar las palabras. Ahora que lo pienso, no sé si voy a dejar leer esto a alguien. Pero tengo que escribirlo aquí, en esta libreta.

Cuando fui al pueblo con papá en la furgoneta, me compré esta libreta del Gran Jefe. Estábamos comprando fertilizante para el algodón y, como hace tanto calor a finales de mayo, entramos en el Rexall y papá compró unos refrescos, y yo vi material escolar y se me ocurrió que quería escribir lo bello que es tío Sean y cómo me siento con él. Así que le pedí a papá si podía comprarme una libreta y un boli azul de 19 centavos.

Le dije que me gusta dibujar y va él y me responde:

—Espero que no seas uno de esos mariquitas.

Le dije que no, claro, y también que:

—Cuando vuelva al colegio en otoño quiero dedicarme a dibujar bólidos porque a la gente le gusta hacer carreras de coches en las llanuras cerca de Lordsburg y además hacer dibujos es divertido.

Papá reaccionó como si le fastidiara bastante, pero cuando se estaba terminando el refresco va y estampa un dólar contra la mesa y luego sonrío y dice:

—Bueno, ¿a qué esperas?

Metí la libreta del Gran Jefe y el boli en la bolsa que me dieron en el Rexall y, de camino a casa, me la puse sobre las rodillas e intenté hacer ver que me daba bastante igual

lo de haberla comprado, aunque papá no dejaba de mirarme y de sacudir la cabeza.

—Nunca me ha parecido que sirvieran de mucho los libros —dice—. Si no tienes una buena espalda y un par de manos fuertes no serás nada en la vida. Aunque seguro que hay más chicos que también dibujan bólidos.

Pero yo tengo una buena espalda y eso. Así que, aunque he emborronado lo que he escrito porque tengo grasa en las manos de haber ayudado a papá con la maquinaria, tenía que escribir y no me ha dado tiempo de quitarme la grasa con gasolina antes de escaparme.

El sol ya casi se ha puesto. Me he colado en el granero y he subido hasta el altillo. No creo que nadie me haya visto, y tengo aquí el Webster's, escondido entre las vigas. Nadie va a echarlo de menos, al menos por ahora.

Pero aquí arriba hace calor, así que me he quitado la camiseta. Y desde aquí tengo una vista increíble al este, hacia la montaña Big Hatchet. Todavía hay luz suficiente para poder ver y tengo buena vista. Además, mientras termine mis tareas antes de la cena, nadie viene nunca a buscarme aquí.

Hablando de tío Sean. Volvió de Vietnam en la Navidad del año 68. Eso fue el invierno pasado. Mamá dice que tuvo suerte de que no lo mataran, aunque le pasa algo. Es como si estuviera loco y siempre estuviera muy callado, y papá y él no paran de gritarse, y papá dice que si no fuera el hermano de mamá lo echaría de casa. Pero no se puede echar a alguien de la familia.

Esa mañana, el día después de Navidad, entré a la cocina y ahí estaba, sentado a la mesa con mamá y papá, bebiendo café. Y mamá va y dice:

—Ven a saludar a tu tío Sean, Will. No lo ves desde que tenías seis años, así que probablemente no te acuerdes de él.

Y no, no me acordaba, y tío Sean me mira y yo lo miro fijo a los ojos, que eran como el aciano, de un azul tan pálido.

do que parecían nadar. Además, la luz que entraba por la ventana abierta de la cocina que está encima del fregadero, al darle en la cara, le iluminaba el pelo rubio, y, aunque sus cejas son de color marrón, de un marrón tirando a oscuro, tienen una forma muy bonita y sus pestañas son negras y parecen mojadas. Tío Sean me sonrió, y debo de haberme quedado ahí delante de él con la boca abierta como un idiota. Nunca había visto en un tío unos labios tan suaves, tan de niña, en un tío. Y no es que se ponga el Revlon de mamá ni nada de eso: es que los tiene suaves y rosas así por naturaleza.

Aunque me tiemblan mucho las manos, voy a escribir esto: en aquel momento me pregunté cómo sería besar esos labios. A veces tengo una sensación como dulce cuando me lo pregunto.

Hace un par de años no sentía nada parecido sobre este tipo de cosas, no como ahora, que tengo esta sensación extraña en el pecho cada vez que lo miro de cerca. Tío Sean me atraviesa con ojos azules cuando me lanza una de esas extrañas y directas miradas, y parece sonreír cuando cree que papá no lo ve. Es como si compartiéramos un chiste sobre papá, él y yo solos. Sobre todo cuando papá está acalorado y sudado, y tío Sean y él han estado gritándose. Pero supongo que eso viene después, porque estoy escribiendo sobre la primera vez que me fijé en él y sobre cómo fue una especie de enamoramiento o algo así. Sé lo que es eso porque mis dos hermanas mayores, Julianne y Marsha, antes siempre estaban enamoradas.

Ahora que hace calor, tío Sean tampoco lleva camiseta. Y lo alimentaban bien en el ejército y lo obligaban a hacer flexiones y a llevar carga cuando estaban patrullando, aunque él no hable de eso, excepto para decirme que ni se me ocurra ir y que me quede en la granja y consiga lo que él llama una prórroga o algo así.

Y yo le digo:

—¿Y qué otra cosa voy a hacer sino quedarme aquí? Porque mamá y papá sólo me tienen a mí y a mis cinco hermanas: Julianne, Marsha, May, Rita y Trinket. Dos son menores que yo y tres, mayores. Julianne y Marsha se fueron en cuanto terminaron el instituto y nunca volvieron la vista atrás. Pero aunque May sea mayor que yo, no nos llevamos mucho y de hecho es con la que me siento más unido.

Tío Sean tiene un buen pecho, musculoso, y unos brazos fibrados y cubiertos de músculos. Los míos también lo están, por mi estatura y porque llevo trabajando con papá desde que tenía seis años.

Y lleva pantalones de faena. Dice:

—¿Qué sentido tiene tirar unos buenos pantalones de faena?

Los lleva por debajo de la cintura y salta a la vista que no lleva nada debajo. A veces le veo el pelo tieso de la entrepierna, aunque yo todavía no tengo mucho.

Navidad. Me senté y me puse a hablar con él. Es un tipo educado y tranquilo, y mamá dice:

—No lo molestes. Ha estado conduciendo toda la noche.

Entonces tuve que ayudarle a entrar todas sus cosas del coche. Le dieron la habitación de Marsha y de Julianne, la que está justo al lado del cuarto de baño, y no tenía mucho equipaje.

Le pregunté:

—¿Cómo es que no tienes ningún rifle del ejército? Creía que dejaban que la gente se quedara con ese tipo de cosas, o al menos con un puñal o con algún tipo de cuchillo de esos tan guays.

Pero tío Sean puso una cara rara cuando le dije eso, aunque sonrió y dijo:

—Porque no quiero tener nada que pueda matar. Ya he tenido bastante.

Así que me quedó claro que no debía volver a tocar el tema y esperaba que no se hubiera enfadado conmigo por haber hablado de rifles y de puñales. Pero tío Sean tenía

una bolsa de lona, un montón de botas y algunas cajas con libros. Y empezó a sacar cosas de las cajas, y le pregunté si le importaba que lo mirara, y dijo:

—No, pero no toques nada a menos que yo te lo dé.

Pero no tenía intención de tocar nada. Así que me senté en la cama y seguí mirándolo, fijándome en su espalda cuando se quitó la chaqueta y en la forma en que el pelo le caía sobre el cuello de pico de la camiseta, un poco rizado en las puntas porque necesitaba un buen corte, y también me fijé en que tenía las manos un poco finas y suaves, mientras él iba sacando cosas de la bolsa de lona y sacudía las camisas, los pantalones y otras cosas.

Puso una foto en la cómoda. Era una foto de dos tíos abrazados por los hombros. Me acerqué a la foto y va y me dice:

—Puedes cogerla.

Así que lo primero de lo que me di cuenta era que el de la foto era él, y a mí me pareció que estaba muy hermoso, con una enorme sonrisa en la cara, igual que el otro tipo, y me sentí muy raro mirándola y tuve ganas de quedármela.

—¿Quién es? —le pregunté, y vi que se le ponían los ojos tristes, y entonces me quitó la foto y me dijo que me fuera. Necesitaba dormir un poco. Había estado conduciendo toda la noche.

Mamá ya estaba fregando los platos y mis dos hermanas pequeñas se estaban comiendo los cereales. Papá y May ya habían salido, aunque no había mucho que hacer fuera porque hacía frío y hacía mucho viento. Así que me puse a secar los platos y le pregunté a mamá de dónde venía tío Sean para haber tenido que conducir toda la noche, y ella me dijo que de San Antonio, Texas.

—Pero yo creía que estaba en el ejército —dije.

—Y así es —dijo ella—. Pero ha estado en el hospital.

Le pregunté que por qué y mamá miró por la ventana de la cocina y luego volvió a mirarme.

—Venga, ya puedes irte. Cuando Sean se levante podrás darle una vuelta por ahí.

Así que salí, y papá y May estaban en la parte soleada del granero, sentados entre las grandes puertas, donde el viento no silbaba al pasar. El granero mira al este, pero desde donde ellos estaban se puede ver el sur y las montañas hasta México. Habían sacado una lona del granero y la habían extendido en el suelo, y estaban reparando la transmisión de la cosechadora de algodón. May es once meses mayor que yo, y eso quiere decir que en este momento tiene quince años, y ella y yo somos los únicos a los que nos gusta trabajar fuera, aunque mamá obliga a todo el mundo a trabajar fuera parte del tiempo. Pero May y yo lo hacemos porque nos gusta. Así que cuando no estoy de humor para ayudar a papá, May sí suele estarlo, y cuando ella no lo está, yo sí. Es decir, que somos buenos colegas, además de ser hermanos, aunque no nos parecamos nada de nada. Yo soy rubio y tengo los ojos azules, y May es pelirroja y tiene los ojos verdes, y pecas, y se pone roja de los dientes a los dedos de los pies cuando fuera hace calor. En cambio yo cojo un buen color al sol.

Papá es mayor que mamá y es moreno, de ojos marrones oscuros, labios finos, brazos fuertes y manos grandes, cubiertas de pelo negro al dorso. Cuando encontré a papá y a May trabajando juntos, los dos con las manos llenas de grasa, me acordé de tío Sean y de lo hermoso que era, mientras miraba cómo trabajaba papá y cómo le pasaba May las herramientas de la caja.

—Mamá dice que tío Sean ha estado en el hospital —dije—. ¿Acaso lo hirieron?

May me miró con ojos entrecerrados y papá ni siquiera levantó la mirada, simplemente siguió trabajando. Pero sí se detuvo durante un segundo y se encogió de hombros como si fuera a decir algo fuerte.

—No, no lo hirieron —dijo—. ¿Vas a quedarte ahí hablando o vas a ayudarme?

Bueno, de cualquier modo a tío Sean le pasa algo raro. Porque vi esa mirada triste aquella mañana de diciembre y fui lo bastante listo como para no hacer demasiadas preguntas, ya que ni mamá ni papá parecían tener ganas de hablar de ello.

Más tarde tío Sean se levantó y almorzamos todos juntos. Mamá dice:

—Llévate a tío Sean y dale una vuelta por ahí.

Papá me dio las llaves de la furgoneta y me dijo:

—Enséñale a Sean lo bien que conduces.

Y tío Sean me sonrió con esos labios tan bonitos y va y me dice:

—No irás a salirte de la carretera, ¿verdad?

Se me puso la carne de gallina, igual que a una chica. No sé por qué, pero he visto cómo se ponían Julianne y Marsha cuando sus novios venían a buscarlas, cómo chillaban y les daba la risa tonta, y así me sentía yo, sólo que no dejé que se me notara mientras conducía.

Nuestra granja está dividida en distintas secciones, según los arroyos que atraviesan la propiedad, y tenemos un cultivo aquí y otro allá.

—Papá y yo construimos este puente —digo mientras lo cruzamos. La mayor parte de nuestra propiedad está al norte de la casa, pero me dirigí al sur, primero desde el granero por la carretera que bajaba hasta el Hill. Es un rancho que está al sur del nuestro. Cuando giramos al oeste, a un kilómetro y medio de nuestra casa, llegamos al puente.

—Lo construimos utilizando maderos de las vías del tren —le digo—. Los sacamos de la vieja línea de tren que pasaba por aquí cuando se llevaban la mena de esas colinas de ahí.

Y tío Sean miró por la ventanilla cuando cruzamos el puente. Luego, ya en la carretera que bajaba hacia el oeste, los dos miramos al suelo yermo. Él suspiró. Tenía el brazo izquierdo en el respaldo del asiento y dejó caer la mano so-

bre mi hombro. Yo solté una risilla, porque cuando me apretó el hombro sentí una sacudida en los pantalones.

—Está igual que cuando era niño —dijo—. Eres demasiado pequeño para acordarte, pero yo pasaba veranos enteros con tu padre y con Arlene (tío Sean se refería a mi madre).

—La única diferencia es que todo estaba más verde, ¿no? Me refiero al verano.

—Sólo cuando crecen las cosechas —dijo—. Pero el desierto no ha cambiado nada.

Bajé el cristal de la ventanilla y entró el aire frío, y tío Sean bajó el cristal de la suya. Llevaba una chaqueta de camuflaje que seguro que era del ejército y debajo llevaba una camiseta verde y fea. Yo sólo llevaba puesta una camiseta y mi chaqueta Levi's, pero no tuve frío mientras él me apretaba el hombro. Creo que era algo totalmente inconsciente, porque él seguía apretando mientras miraba por las ventanillas, y yo lo miraba a la cara y suspiraba, muy bajito, porque incluso vistos de lado tenía los labios muy rosas y las pestañas como caídas, como si estuviera triste.

—¿Por qué has estado en el hospital? —pregunté antes de saber que iba a hacerlo. Pero él no me contestó, como si no me hubiera oído.

Luego, más tarde, le pregunté por qué, teniendo el mundo entero donde elegir, había decidido volver aquí.

—Aquí nadie se queda —le digo—, excepto quizá los chicos como yo, que tienen que hacerse cargo de las granjas y de los ranchos cuando mueren sus padres.

Ya habíamos recorrido toda la granja, un buen montón de nada que ver, y estábamos entrando en el camino de acceso al granero.

—He vuelto —dice, mirándome, con esas pestañas tan largas que le tocan los pómulos y con los labios rosas como mojados porque se los ha estado humedeciendo con la lengua— porque no tengo ningún otro sitio donde ir. Al menos por ahora.